

«SE SEPARÓ DE ELLOS, SUBIENDO AL CIELO»

Mons. José Manuel del Río Carrasco
(Diario de León, 28-V-2022)

Lucas, el evangelista, escribió también el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde nos narra los comienzos de la Iglesia. Hoy nos cuenta cómo el mismo Jesús, ya resucitado, preparaba a sus discípulos para continuar su obra hasta los últimos confines de la tierra. Nos informa que el Señor *se les presentó después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, y, apareciéndoseles durante cuarenta días, les habló del Reino de Dios*. Era la pedagogía del Resucitado para enseñarles a vivir una nueva presencia invisible, en su ausencia visible. Era la misma pedagogía que ya utilizó con él el Espíritu de Dios, cuando lo llevó al desierto. Atendamos hoy a lo que Jesús advierte a los Apóstoles en su última aparición.

Era el fin de la presencia visible del Señor. Pero sin abandonar a los suyos. Comienza ahora el tiempo del Espíritu invisible y el tiempo de la Iglesia visible. Jesús sigue presente, pero de otra manera mejor. Antes era una presencia corpórea y exterior; ahora es una presencia en el Espíritu de Dios que penetra en lo más profundo del corazón. Antes era una presencia concreta, limitada a un lugar y a los que allí pudiesen estar; ahora es una presencia universal que puede experimentar todo hombre o mujer, en cualquier lugar. Antes sólo se le podía ver por fuera y como un hombre más, ahora se le puede conocer por dentro y reconocerlo como Señor. Antes solo se podía creer su mensaje sobre el Reino de Dios por venir, ahora se le puede poseer a Él mismo como Reino ya cumplido. Antes solo Él podía ser el protagonista de su propia misión, en la fuerza del Espíritu, ahora es ese mismo Espíritu quien nos infunde su fuerza y nos enrola como testigos en su misma tarea. Por eso, no se quedan mirando al cielo. Ahora comienza ya su misión. Y se trata de bregar y empeñarse, sabiendo que el Espíritu va por delante empujando, y que con nosotros va siempre el Señor.